

UNA GRAN TRAGEDIA DE IGNACIO AMESTOY:

LA ÚLTIMA CENA¹

ALEJANDRO VALES

Universidad Complutense de Madrid

LA SALA GUINDALERA ha abierto sus puertas al Instituto del Teatro de Madrid, para ofrecer a sus miembros y simpatizantes la primicia del preestreno de *La última cena*, de Ignacio Amestoy. Nada más comenzar la representación, los espectadores observan un escueto decorado: una mesa de madera rústica, con cuatro sillas a los lados; una alfombra y una mesilla en primer término rematan el escenario. Se apaga la luz y, poco a poco, comienza a atisbarse la figura de Íñigo (José Maya), un dramaturgo que no escribe ya más que en periódicos, sentado frente al público. La tensión irrumpe con la llegada de su hijo (Bruno Lastra), al que lleva diez años sin ver, bufanda, chaqueta de cuero y chulería por delante, con alguna ligera duda en la interpretación que, sin embargo, no va más allá de las primeras frases. Ante el enorme Bruno, José no queda por debajo, sino que en el perfecto binomio del salvajismo de aquél y la contención de éste el espectador se ve inmerso en un intenso diálogo que no termina de comprender, que nunca llega a ninguna parte pero que deslumbra a cada paso con un silencio, una salida de tono o una broma de mal gusto por parte del joven. A partir del reencuentro se le busca un sentido a la vida y a la muerte en ese acercamiento mutuo, paralelo a una afirmación del yo basada en la confesión.

Desesperanzado, Íñigo busca una salida, entre tragos de chacolí y citas literarias, en medio de los restos de su Torre de Babel, un retiro que sólo le depara las distracciones de la lectura y la caza. Son innumerables las veces que la palabra *tragedia* es nombrada, e innumerables las citas literarias, bíblicas y filosóficas que, lejos de ralentizar la acción, la enriquecen y dinamizan, hasta el punto de convertirse en elemento clave de un texto que va creciendo tanto en altura como en contenido. La metaliteratura es otro de los planos sobre el que se reflexiona a través de la discusión entre el padre y el hijo; aquél buscán-

¹ *La última cena*, de Ignacio Amestoy. Sala Guindalera, Madrid. Intérpretes: José Maya, Bruno Lastra. Dirección: Juan Pastor (Preestreno, 6 de abril de 2010).

dole un sentido a la vida desde el pensamiento de los clásicos –de Séneca a María Zambrano– y éste rebatiéndole sin cesar.

A partir de los chacolís que apuran los personajes nos vemos inmersos en un ámbito vasco indeterminado, no importa el lugar concreto sino la realidad circundante. En este sentido, la figura del padre funciona en dos niveles: el *aita* y la patria, asunto éste sobre el que ambos personajes disertan con vehemencia sin que la balanza se incline hacia ningún lado. Dada la condición de etarra del hijo y teniendo en cuenta el compromiso político del padre, la conversación da vueltas sobre la violencia terrorista sin que el dramaturgo proponga ninguna solución clara o única.

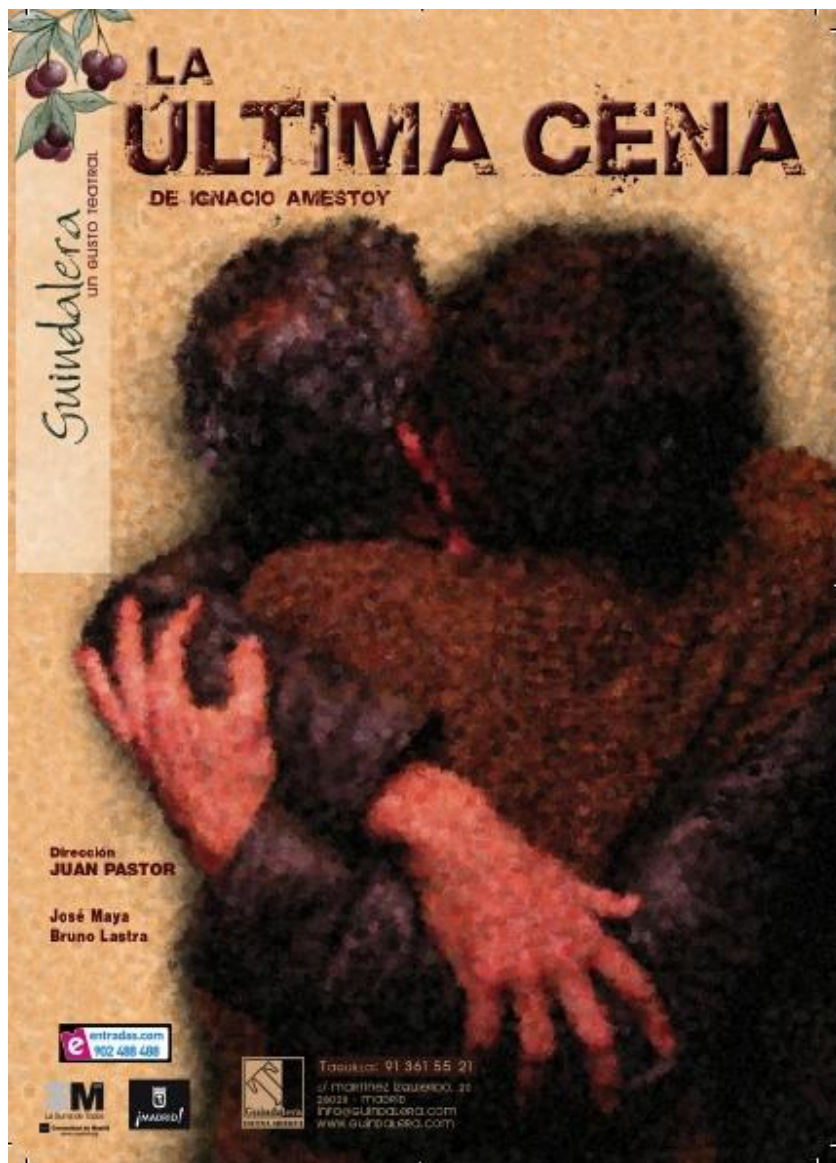
La escenografía, acertadísima en ese equilibrio entre el retorno al origen y la desolación, subraya bien el viaje dramático: el cambio de posiciones en la mesa y las breves salidas de escena del padre sostienen la evolución del texto y son muestra de una dirección escénica cuidada y detallista; en cada momento de la conversación asistimos a una escena diferente. En general, estas escenas terminan de modo abrupto, aportando una intensidad notable al conjunto. Siguen a cada corte conversacional unos segundos musicales, a veces con algunos desajustes técnicos, que poca importancia tienen dentro del juego teatral, ya que las piezas –bien escogidas– hilan las escenas dejando respirar a un espectador extasiado. El recurso de clímax-anticlímax entre escena y escena no es la solución fácil para atrapar al espectador, sino que constantemente abre y cierra el texto mediante la ironía, la omisión o el puro silencio, un juego que funcionará hasta el final mismo de la representación.

A pesar del sinnúmero de citas literarias y filosóficas que salpican la obra, *La última cena* no es una obra culturalista o elitista. La armonía con que dichas citas se incardinan en el texto hace que la anécdota no pierda nunca fuerza escénica; tanto más de agradecer en una época como la actual en la que el argumento tiende a ser obviado por buena parte de la crítica. Por lo que se deduce de los comentarios del debate posterior, *ser hijo* es más que suficiente para comprender y sentir la representación, y a partir de ahí se abren otros caminos.

Al terminar la representación, el coloquio, tímido al principio, comienza a animarse cuando se comenta el trabajo actoral. El registro expresivo de Bruno o la contención de José dan pie a la discusión sobre el desenlace y la implicación personal del autor en el texto. Se habla de los jóvenes vascos, de la conveniencia o inconveniencia de la música empleada, se alaba la labor de Bruno, José, la dirección de Juan Pastor y el hermoso texto de Amestoy. Lo que nadie discute es la

emoción producida. Después de todo, después de la hora y media en la oscuridad, queda la emoción. Se confiesa más de una lágrima en el auditorio. El *movere* de la representación clásica parece haberse cumplido.

Tras más de una hora de debate, bien moderado por el profesor Eduardo Pérez-Rasilla, las manos siguen alzándose, pero se nos avisa de que el tiempo ha terminado. A regañadientes abandonamos la sala. Se dice que los autores españoles no saben escribir tragedias, ni escriben sobre problemas de actualidad, ni consiguen implicar a los espectadores. Esta tragedia pura de Amestoy nos demuestra lo contrario.



Cartel de *La última cena* de Ignacio Amestoy



José Maya.

Foto de Pablo Jaenicke



Bruno Lastra.

Foto de Manuel Benito